

Lacedemonios. Por otra parte, los Atenieses y los Lacedemonios se acusaban mutuamente de no haber cumplido los artículos del tratado; y de aquí nacieron las desavenencias y las hostilidades. Mas no obstante, seis años y diez meses despues fué cuando llegaron á un rompimiento declarado*: rompimiento, cuyo pretexto fué frívolo en extremo, que se hubiera evitado fácilmente, si no hubiera sido necesaria la guerra para la elevacion de Alcibiades.

ALCIBIADES.

Algunos historiadores han manchado la memoria de este ateniense, y otros la han ensalzado con sus elogios, sin que se les pueda tachar de injusticia ó parcialidad. Parece que la naturaleza había intentado reunir en él lo mas extremado que ella es capaz de producir, tanto en vicios como en virtudes. Nosotros le consideraremos aquí con relacion al Estado, cuya ruina aceleró; y mas adelante con relacion á la sociedad que acabó de corromper.

Un origen ilustre, riquezas considerables, la mas hermosa figura, las gracias mas seductoras, un espíritu penetrante y vasto, y en fin el honor

* El año 414 antes de J. C.

de ser cosa de Pericles: tales fueron las ventajas que deslumbraron desde luego á los Atenieses, y con que primero se deslumbró él á si mismo.

En una edad en que no se necesita mas que indulgencia y consejos, tuvo ya él una corte y aduladores: admiró á sus maestros por su docilidad, y á los Atenieses con sus licenciosas costumbres. Sócrates, que conoció muy luego que este joven seria el mas peligroso ciudadano de Atenas, si no se le hacia el mas util, buscó su amistad, la logró á fuerza de cuidados, y no la perdió jamas. Emprendió moderar aquella vanidad, que no podia sufrir en el mundo ni superior ni igual; y en algunas ocasiones era tal el poder de la razon ó de la virtud, que el discipulo lloraba sus errores, y se dejaba humillar sin quejarse.

Cuando entró en la carrera de los honores, quiso mas bien obtener éxitos felices por medio de los rasgos de su elocuencia, que por el brillo de su magnificencia, y por sus liberalidades; y así se presentó en la tribuna. Un defecto leve de pronunciacion daba á sus palabras las gracias sencillas de la infancia, y aunque se detuviese algunas veces para buscar la palabra propia, fué mirado como uno de los grandes oradores de Atenas. Ya había dado pruebas de su valor, y por sus primeras campañas se infirió que algun día había de ser el mas diestro general de la Grecia.

No hablaré de su dulzura , de su afabilidad , ni de otras muchas calidades que contribuyeron á hacerle el mas amable de los hombres.

No se debia buscar en su corazon la elevacion que produce la virtud ; pero se hallaba el atrevimiento que da el instinto de la superioridad. Ningun obstáculo , ningun reves podia sorprenderle , ni desanimarle. Parece que estaba persuadido á que cuando las almas de cierta clase no hacen todo lo que quieren , es porque no se atreven á todo lo que pueden. Obligado por las circunstancias á servir á los enemigos de su patria , le fué tan facil ganar su confianza por su ascendiente , como gobernarlos con la sabiduria de sus consejos. Tuvo de particular , el que siempre hizo triunfar al partido que él favorecia , y que sus muchas expediciones no fueron nunca deslucidas por ninguna desgracia.

En las negociaciones empleaba unas veces las luces de su espiritu , que eran tan vivas como profundas : otras las astucias y las perfidias , que nunca podrán autorizar las razones de Estado ; y otras la ligereza de un caracter , que el deseo de agradar , ó la necesidad de dominar acomodaba sin esfuerzo á las circunstancias. De este modo se atrajo las atenciones , y dominó la opinion pública en todos los pueblos. Los Esparciatas se asombraron de su frugalidad : los Tracios de su intemperancia : los Beocios de su afi-

cion á los ejercicios violentos : los Jonios de su inclinacion á la pereza y al deleite ; y los sátrapas del Asia de un lujo , que ellos no podian igualar. Se hubiera mostrado el mas virtuoso de los hombres , si nunca hubiera tenido el ejemplo del vicio ; pero este le arrastraba sin esclavizarle. Parece que la profanacion de las leyes , y la corrupcion de costumbres no eran en su opinion mas que una serie de victorias ganadas contra las costumbres y las leyes. Se podria decir tambien , que sus defectos no eran mas que desearrios de su vanidad. Los rasgos de ligereza , de insustancialidad y de imprudencia , nacidos de su juventud ó de su ociosidad , desaparecian en las ocasiones que pedian reflexion y constancia. Entonces juntaba la prudencia á la actividad ; y los placeres no le robaban ningun instante de los que debia á su gloria ó á sus intereses.

Su vanidad hubiera degenerado tarde ó temprano en ambición ; porque era imposible que un hombre tan superior á los demas , y tan devorado del deseo de dominar , no hubiera acabado por exigir su obediencia , despues de haber apurado su admiracion. Así es , que toda su vida fué sospechoso á los ciudadanos principales , de los cuales unos temian sus talentos , y otros sus excesos ; y alternativamente era ya adorado , ya temido y aborrecido del pueblo , que no podia pasarse sin él ; y como los sentimientos de que

era objeto, llegaban á ser pasiones violentas, los Atenienses le elevaron á los honores con arrebatos de alegría, le condenaron á muerte con los del furor, y con los mismos le perdonaron, y le proscribieron segunda vez.

Un dia que desde la tribuna habia llevado tras si los votos del público, y se volvía á su casa, escoltado por toda la asamblea, le salió al encuentro Timon, llamado el misántropo; y apretándole la mano, le dijo: «ánimo, hijo mio; «continúa engrandeciéndote, y te deberé la «ruina de los Atenienses.»

En otro momento de embriaguez, quiso el pueblo bajo restablecer el realismo en su favor; pero como él no se hubiera contentado con ser solamente un rey, no le convenia la pequeña soberanía de Atenas, sino un vasto imperio que le pusiese en estado de conquistar otros.

Nacido en una república, debia elevarla sobre sí misma antes de ponerla á sus pies. Este era sin duda el secreto de las empresas brillantes, á las cuales arrastró á los Atenienses. Con sus soldados hubiera sojuzgado los pueblos, y los Atenienses se hubieran visto esclavizados sin advertirlo.

Su primera desgracia, deteniéndole casi en el principio de su carrera, solamente hizo ver una verdad: á saber, que su genio y sus proyectos eran muy vastos para la felicidad de su patria.

Se dice que la Grecia no podia sufrir dos Alcibiades; pero se debe añadir, que Atenas tuvo uno de mas. El fué el que hizo decretar la guerra contra la Sicilia.

GUERRA DE LOS ATENIENSES EN SICILIA.

Hacia tiempo que los Atenienses trataban de la conquista de esta isla rica y poderosa. Reprimida su ambicion por Pericles, fué promovida poderosamente por Alcibiades. Mil sueños lisonjeros representaban todas las noches á su espíritu la gloria inmensa con que iba á coronarse. La Sicilia no debia ser mas que el teatro de sus primeras expediciones: se apoderaria de la Africa, de la Italia y del Peloponeso. Todos los dias hablaba de sus grandes designios á aquella juventud fogosa que seguia sus pasos, y cuyas voluntades gobernaba.

Entre tanto la ciudad de Egesta en Sicilia, que se decia oprimida por los de Selinonte y Siracusa, imploró el socorro de los Atenienses, de quienes era aliada: ofrecia indemnizarlos de sus gastos, y les representaban que si no detenian los progresos de los Siracusanos, no tardarian estos en reunir sus tropas á las de los Lacedemonios. La república envió diputados á Sicilia; y á su regreso hicieron una relacion falsa del